

lan las peculiaridades de la fuente sobre la que se basa su estudio. Destacan la riqueza lingüística y etnográfica que ofrecen, en comparación con otros documentos, las *Relaciones Geográficas*, que, además, permiten observar cómo el léxico americano se estandariza y se regionaliza al mismo tiempo, pero de modo desigual según las circunstancias históricas y sociales de las diversas áreas geográficas. Las RG muestran, asimismo, la importancia del siglo XVI en la gestación del vocabulario americano, y la extensión dispar de los préstamos indígenas.

La colección *Fondo Hispánico de Lingüística y Filología* ofrece, con este volumen, un testimonio de que la amenidad es compatible con el rigor científico. La estructura y la claridad expositiva o incluso la presencia de gráficos y figuras facilitan la lectura al lector informado. La oportunidad de las reflexiones, siempre contrastadas y anotadas, además, naturalmente, de la singularidad de la fuente que se analiza y, por tanto, de la novedad de los datos, convierten estas páginas en indispensables para el lingüista interesado en el léxico de América.

Carmela Pérez Salazar
 Universidad de Navarra
 cpsalazar@unav.es

Casas, Ana, comp.

La autoficción: reflexiones teóricas. Madrid: Arco/Libros, 2012. 339 pp. (ISBN: 978-84-7635-838-2)

En la prestigiosa serie *Lecturas* de la “Bibliotheca Philologica” publicada por la editorial Arco/Libros, Ana Casas ha asumido el reto de sintetizar en un volumen la compleja cuestión de la escritura del yo, modalidad literaria que ha tenido un amplio desarrollo tanto entre críticos y teóricos, como en la práctica literaria por parte de los escritores. Como es habitual en la serie de la que forma parte, el volumen está dividido en distintas secciones, comenzando con una introducción inédita de la compiladora, seguida de los artículos recopilados (traducidos unos y resumidos otros). Bajo el epígrafe “Autoficción y autobiografía” entran los ensayos de Doubrovsky y Darrieussecq, traducidos del francés; en “Autoficción y novela” se ubican los textos de Colonna (también del francés) y los españoles Alberca y Pozuelo Yvancos; “La autoficción en el cruce de los géneros” incluye los aportes de Gasparini, Forest y Wagner-Egelhaaf. Le sigue la sección de “Perspectivas hispánicas”, en donde hallamos tres aplicaciones a textos literarios concretos de escritores canónicos en la escritura española actual sobre el yo: son los aportes de Cham-

peau sobre Marías, Orsini-Saillet sobre Cercas, y Ródenas de Moya sobre Vila-Matas. Al final va una selección bibliográfica sobre el tema elaborada por Ana Casas.

El artículo que mayor interés reviste es el de Ana Casas, por su carácter inédito y por su encomiable esfuerzo de presentar un panorama sobre las diferentes posiciones críticas ante el concepto de la autoficción. La autora comienza recordando que el término lo inventó Doubrovsky, quien sintió en 1977 la necesidad de definir su experimental y bisémica novela *Fils* (que juega con el doble sentido: ‘hijos/hilos’) como una respuesta literaria a la teoría de Lejeune (“El pacto autobiográfico”, 1973). Lejeune no veía factible que se diera una identidad entre autor, narrador y personaje, en un mismo texto narrativo. En la novela de Doubrovsky se puede encontrar en el paratexto (más precisamente en la contracubierta) que el libro en cuestión es una “ficción de acontecimientos y de hechos estrictamente reales; si se quiere [una] *autoficción*” (10). A partir de entonces, explica Casas, el término cobra una gran dispersión, hasta llegar a convertirse en una especie de cajón de sastre donde se sitúan todas aquellas obras que resultan de difícil clasificación. La autoficción constituye un género (o una modalidad) híbrido, cuyos márgenes están consti-

tuidos por la autobiografía (algunos críticos consideran la autoficción como una variante postmoderna de la misma) y por la novela (con las manifestaciones antirrealistas del vanguardismo actual en las que se dan múltiples usos de diversas metalepsis como característica específica y principal).

Casas señala en su esclarecedora introducción cómo el término es usado desde una perspectiva muy amplia por algunos estudiosos, mientras que otros lo manejan con un sentido más restringido. Entre los que amplían el marco del término se encuentra Vincent Colonna, que hizo la primera tesis doctoral sobre la cuestión en 1989. Colonna se centra más en el carácter novelístico del fenómeno y lo entiende como “la serie de procedimientos empleados en la ficcionalización del yo” (18), de forma que abre la autoficción a textos tales como la *Divina comedia* o “El Aleph”, aunque en los mismos, tal y como apunta Casas, no le cabe al lector la menor duda sobre su carácter ficcional. Pero el trabajo de Colonna es de exploración antropológica y muestra cómo la escritura del yo tiene una larga historia, y propone una división en cuatro macrocategorías de autoficción: 1) la fantástica, donde la presencia del autor en el centro del texto no puede (por el carácter fantástico del relato) confundirse con el autor real; 2) la biográfica, donde el autor fabula su

existencia valiéndose de datos reales y de la verosimilitud, al mismo tiempo que el lector comprende “que se trata de una mentira-verdadera, de una distorsión al servicio de la veracidad” (19); 3) la especular, en la que el autor no se encuentra en el centro sino que forma parte de una reflexión metaliteraria; y 4) la autorial, en la que “el escritor no se desdobra en un personaje” (19), sino que está presente en el texto mediante comentarios y digresiones, pero ausente de la intriga narrada.

Frente a esta visión amplia del concepto que ocupa un vasto tiempo histórico, Casas sintetiza el estado de la cuestión sobre la investigación actual a partir de dos conceptos fundamentales: 1) la ambigüedad entre dos pactos de lectura que en principio resultan excluyentes (el pacto de veracidad/verdad establecido por el pacto autobiográfico, *versus* el pacto ficcional establecido por el carácter novelesco del texto); y 2) el hibridismo, en cuanto que el texto autoficcional combina enunciados de realidad con enunciados de ficción. Como consecuencia de esta hibridez de género, el lector tiene que tomar una postura dual ante el texto, leyéndolo a la vez como autobiografía y como ficción (desestimando por tanto elegir solo una de estas alternativas). Es así como Gasparini resalta la novedad de la tendencia en cuanto que en ella se

mezclan aspectos asociados a la autobiografía (“el uso de la primera persona, la focalización interna o la presencia explícita del tiempo de la enunciación”) con estrategias propias de la novela (“la tercera persona, la focalización 0 y la preeminencia del tiempo de la narración” –23–).

Manuel Alberca elabora su conocida teoría sobre el “pacto ambiguo”, distinguiendo tres modalidades autoficcionales: la biográfica (muy próxima al pacto autobiográfico y al relato factual); la fantástica (con aspectos inverosímiles y por tanto más cercano al pacto novelesco), y lo que denomina la “autobioficción”, donde la vacilación del lector es total, como consecuencia de que lo autobiográfico y lo imaginado están continuamente entretejidos y fundidos.

Ana Casas resume las contradicciones del término y los posicionamientos de los teóricos: “Algunos creen ver un subgénero de la novela y otros de la autobiografía” (26). Advierte a su vez de un peligro, pues el término ocupa un territorio “excesivamente amplio” (26) en cuanto que en él se incluyen todas las formas intermedias entre autobiografía y novela, cuestión sobre la que ya nos alertaron Lejeune y Gasparini. Es así como se van creando también nuevos términos: autobioficción (Alberca), autofabulación (Gasparini), autonarración (Schmitt), o bien propuestas

que inciden en el pronombre personal, tipo Novela-del-yo (Forest) o Figuras del yo (Pozuelo Yvancos).

La recopilación de textos permite ver la complejidad del fenómeno. Algunos críticos (Lejeune, Alberca) se centran en aspectos semánticos para caracterizar el subgénero de la autoficción (esto es, que haya coincidencia explícita de los nombres del autor, narrador y personaje); otros toman una postura contraria ante el polisémico término y cuestionan su utilidad (Pozuelo Yvancos); otros sostienen su importancia como síntoma de época y de la concepción tanto de la realidad como del discurso narrativo vigentes en nuestros tiempos: “Lejos de ser un simple fenómeno de moda, del que los augurios pronostican su desaparición cada inicio de temporada literaria, la expansión de las escrituras del yo a la que estamos asistiendo se inscribe en una tendencia muy acentuada de nuestra literatura y, en consecuencia, de nuestro ambiente cultural” (Gasparini 199-200). A esta posición se adhiere también Forest, quien caracteriza el fenómeno de la autoficción como uno de los modos dominantes de la expresión literaria durante los últimos veinte años (214), al mismo tiempo que, según expone Darriussecq, es el resultado del cuestionamiento de la práctica ‘ingenua’ de la autobiografía, tanto desde la perspec-

tiva de la construcción autorial como de la interpretación lectorial.

El último apartado dedicado a las “Perspectivas hispánicas” nos ofrece algunos ejemplos de aplicación a textos y escritores concretos. Así, Champeau analiza *Negra espalda del tiempo*, de Marías, y observa cómo el fenómeno implica una rehabilitación “tanto en el ámbito de la teoría como en el de la práctica narrativa” (261) de las teorías de Barthes, en las que éste apuntaba a la muerte del autor. Champeau muestra con claridad cómo Marías elabora la “dispersión del yo”, pues éste se encuentra repartido en seis instancias distintas, socavando de esta manera “la unidad de la que es portador el nombre del autor” (267); así, el relato se despliega “de manera libre e imprevisible y donde la digresión es la reina absoluta” (278). Orsini-Saillet estudia la importancia de la intención referencial y la creación de una “intensa impresión de realidad” (285) en *Soldados de Salamina*, de Javier Cercas. Indica, sin embargo, que no se trata de una ‘autoficción’, pues “la aventura individual del Yo no constituye aparentemente el centro de la historia” (285). Finalmente, se incluye un estudio de Ródenas de Moya, “La novela póstuma o el mal de Vila-Matas”, en el que se sitúa la obra de este autor en relación con las vanguardias, por su ruptura con la función mimética de la

literatura y por su apuesta a favor de la autonomía del texto artístico. Ródenas muestra en su análisis cómo Vila-Matas en sus últimos libros se centra en la escritura y en el silencio, así como en última instancia en la renuncia a la escritura (o la muerte [tanto general como de la literatura]), para encontrar en la práctica de la autoficción nada menos que “uno de los ángulos de la salida al agotamiento de lo literario” (321).

En resumidas cuentas, el lector se encuentra, merced a la sabia tarea compiladora de Ana Casas, con un manual sobre la autoficción en el que se asume la tesis de Paul de Man de que todo discurso tiene una naturaleza intrínsecamente tropológica. En este sentido, la autoficción (nos guste o no el término) es un concepto que pese a su difícil delimitación constituye un auténtico síntoma de la sensibilidad de la cultura occidental actual.

Ken Benson
Stockholms Universitet
ken.benson@su.se

Ciattini, Alessandra, y Carlos Miguel Salazar, eds.

Sincretismos heterogéneos: transformación religiosa en América Latina y el Caribe. Roma: Università di Roma La Sapienza/Alpes Italia, 2013. 203 pp. (ISBN: 9788865311400).

Hasta bien entrado el siglo XX poco se conocía sobre las culturas africana e indígena y sus aportes en la formación y estructuración de las variopintas identidades que conviven en el continente americano; verbigracia, para 1928, el pensador peruano José Carlos Mariátegui, en su obra *Siete ensayos de interpretación de la realidad peruana*, afirmaba que el aporte de los negros era nulo e incluso negativo, pues ellos no estaban en condiciones de contribuir a la creación de una cultura, sino más bien de estorbarla con el crudo y viviente influjo de su barbarie y primitivismo. En comparación, el indio salía mejor posicionado en este ensayo. Tan desafortunada opinión sería refutada con creces gracias al extraordinario trabajo de Nicomedes Santa Cruz en favor del estudio y la promoción de la literatura, la danza y la música de las comunidades afrodescendientes en el Perú. Por el lado del indígena, nos basta con evocar la portentosa imagen de José María Arguedas, el gran visionario de un Perú de “todas las sangres”. En este proceso reivindicatorio, que tuvo su mejor momento a lo largo y ancho del continente en los años 50, no bastaba con identificar lo positivo o lo negativo que estas culturas habían provocado y siguen provocando en la cultura mayor o predominante —hispana, inglesa, francesa, portuguesa, etc.—, sino que se